

# La premio nacional de poesía publica novela

La gallega Miriam Reyes se estrena en el género narrativo con «La edad infinita», que edita Tránsito, en la que trata de entender por qué decidió irse del lugar al que, cree, pertenecía

**MARÍA VIÑAS**

REDACCIÓN / LA VOZ

Qué significa emigrar para una niña gallega de ocho años. Qué supone hacer las maletas, dejar atrás una casa familiar en Ourense, cruzar el Atlántico e instalarse en la Venezuela de 1983, cuando todo lo que durante años había subido en aquel país, imparable, ya había comenzado a bajar, «y lo hacía rodando». Cómo se pasa de ser nieta a —de nuevo— hija, cómo se acomoda uno a un lugar donde todo sigue siendo posible y, a la vez, nunca suficiente. Si algo sabe la protagonista de *La edad infinita* (Tránsito) —primera novela de la actual premio nacional de poesía, Miriam Reyes (Ourense, 1974)— es que «para no marearse, lo mejor es mirar al frente». Intentándolo: será extranjera, fragmentará su identidad.

Reyes, que nació en Ourense y a los ocho años emigró a Caracas, «utilizó» a esa niña para volver allí. Va a buscarla y escucha sus reproches, repasa aquel «gran desplazamiento» que quebró su infancia en dos para luego recompensarla con creces y, así, trata de entender qué ocurrió, por qué una tierra de acogida acabó convertida en lugar de éxodo. «No hablo de mí, sino desde mí —dice parafraseando al poeta Jaume Pont—. Escribo desde la memoria con la libertad de la ficción. La historia está sustentada en la experiencia, pero no quiere estar limitada o constreñida por ella. La realidad es enrevesada, y en ese enrevesamiento puede perder fuerza el relato. Lo que me interesaba era explorar dos procesos transformativos: el de la migración y el de la crisis económica que con-



**«LA EDAD INFINITA»**  
**El deseo de pertenecer.** Es 1983. Una niña gallega de ocho años sube a un avión y aterriza al otro lado del océano, en Venezuela, donde descubrirá qué significa ser extranjera. Esta novela, la primera de Miriam Reyes, es un aprendizaje, una declaración de amor al país de acogida y el duelo por el paraíso perdido.

duce a Venezuela a ver la salvación en el chavismo». Con la escritura de este libro quiso además comprender, saber por qué finalmente tomó la decisión de irse del lugar al que pertenecía, tropezando en la misma piedra en la que tropezaron sus padres. Ojos, que todo lo ven menos a sí mismos.

## Hoy llega a librerías

El de *La edad infinita* —que hoy llega a las librerías— fue un parto largo. La novela venía atravesada, vinagre puro, llaga en carne viva. En más de una ocasión, Reyes se dio por vencida y la abandonó durante meses, pero siempre terminaba volviendo a enfrentarse a «eso que no acababa de saber muy bien qué era». Y llegó un momento en el que la escritura cobró autonomía. «Lo que me pedía era pensar: qué necesita, qué le falta, qué le sobra, cómo puede mantenerse en pie —explica—. Entonces desaparecí por completo. A fin de cuentas, nunca había sido mi propósito contar mi historia. Eso no tenía interés para mí. Lo que me movía era el deseo de enten-



FOTO SUSI GARCÍA QUINTÁS

der qué nos sucedió». ¿Satisfizo finalmente ese ansia?

La gallega dedicó años a la investigación obsesiva, consciente de lo sesgado de toda experiencia y de lo poco fiable que puede llegar a ser la memoria. En el planteamiento inicial había una parte casi ensayística, donde se repasaban trabajos publicados por la Academia Nacional de Economía y todo tipo de documentos de archivo sobre cada una de las presidencias que se sucedieron en Venezuela en la etapa que abarca la novela. Pero todas las personas que la leyeron entonces le dijeron que así no funcionaba, que esa parte las expulsaba. «En una de las muchas versiones, construí incluso diálogos con otro personaje que finalmente se quedó fuera. En ellos se discutían cuestiones políticas y socioeconómicas. Al final me rendí —admite—. Entendí que o bien yo no tenía la capacidad de trabajar ese tipo de discurso o no era capaz de hacerlo convivir con el resto de material». Reyes decidió entonces centrarse en la alteridad y los vínculos afectivos,

tanto con los otros como con el lugar que se habita. «En mi caso, y en el de muchas otras personas que conozco, el desarraigo se convierte en parte de lo que eres —desarrolla—. Hay muchos factores psicológicos que influyen en esto. No es igual para todos. Después de irme de Caracas estuve años dando tumbos y en ningún sitio me sentía en casa. El último poema de mi primer libro lo escribí en Holanda y describe muy bien cómo vivía entonces. Dice: «No tengo casa a la que volver ni esperanza de la que colgarme / por eso camino»».

En *La edad infinita* Miriam Reyes camina con una voz adulta, que no es la suya y que es, dice, la mayor ficción de la novela. «Es otro personaje, como la niña. Lo necesitaba para vehicular la exploración que subyace. Hasta que no di con ella y con esa relación con la voz infantil, que oscila en el tiempo, y con el país que añora, la historia no funcionó orgánicamente. Porque al final hacemos artefactos literarios que son como organismos —apuntala—. Y tienen que funcionar para vivir y crecer en la lectura».

Es este un relato de pequeñas heridas, de perder pie, de gestos familiares que se vuelven extraños y de fracturas sin estallido. La prosa de Miriam Reyes economiza el léxico como solo puede hacerlo el músculo poético y, prescindiendo del exceso, densifica lo cotidiano, la fisura. Columpiando el verbo, consigue mezclar inocencia evocada y juicio adulto. La distancia acaba siendo crítica, medida. En su discurso, una acotación capital: «También los que se quedan se ven transformados por quienes han partido».

## Dan Brown presenta su novela «El último secreto»: «La humanidad se va a sobreponer a este momento extraño»

MADRID / EUROPA PRESS

El escritor de *El código Da Vinci*, Dan Brown, presentó ayer en Madrid su nueva novela, *El último secreto* (Planeta), un thriller ambientado en Praga en el que, a través de su conocido personaje Robert Langdon, busca «generar diálogo». «Amo a los Estados Unidos y sé que estamos en un período extraño, pero esto no es algo nuevo. La historia es así, el péndulo se mueve hacia atrás y hacia adelante. He escrito sobre períodos duros de la historia y nos hemos enfrentado a ese tipo de dificultades antes. Y si hay algo que he aprendido, en un pe-

riódico como este —que tal vez torpedea una línea un poco más larga temporal— es que la humanidad aprende a sobreponerse. Estoy seguro de que la humanidad también se va a sobreponer a este momento extraño», aseguró el escritor durante una comparecencia pública.

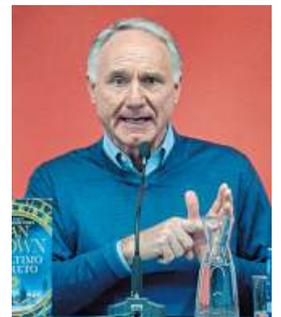
En ese sentido, Brown defendió que el mensaje de esta nueva novela —publicada simultáneamente a nivel mundial con casi 60 ediciones diferentes y para la que la plataforma Netflix ha confirmado la adaptación en una serie de 8 capítulos— es «la importancia del diálogo y de hablar», pe-

ro también de «escuchar». «En el mundo actual todo el mundo está hablando y nadie está escuchando —incidió—. Con el libro no pretendo convencer a nadie, no pretendo que los lectores se sientan convencidos de una postura u otra sobre la conciencia y la vida después de la muerte, pero lo que sí me gustaría es despertar su curiosidad y que esa curiosidad luego dé lugar a un diálogo creativo», apuntó Brown.

En *El último secreto*, el autor de *Ángeles y demonios*, *El símbolo perdido*, *Inferno* y *Origen*, narra cómo Langdon, el célebre profesor de simbología, viaja a Pra-

ga para asistir a una conferencia impartida por una brillante científica de la que está enamorado. Un asesinato desatará el caso y el profesor se embarcará en una carrera a contrarreloj en las pocas horas que abarca la novela.

«Por un lado tenemos el materialismo, ese campo científico según el cual la conciencia es el resultado de procesos químicos en nuestro cerebro. Y luego hay una nueva tendencia que propone que el cerebro no funciona de la manera que habíamos pensado. El cerebro no crea la conciencia, sino que la recibe. Esta nueva tendencia no bebe tan solo de la ciencia,



Brown trajo a Madrid su nueva novela de Robert Langdon. E. PRESS

sino también de las principales religiones. El objetivo es mostrar que ciencia y religión apuntan a lo mismo. A pesar de que son dos lenguajes distintos, están creando el mismo relato», apostilló.